

la guerra de los ocho días

«Si no hubiese dirigido personalmente las operaciones, los militares lo hubiesen hecho sin mi y contra mí».



el asunto de los misiles

SON las dos de la mañana en Chicago, cuando comienza el primer acto de una crisis que va a demostrar, una vez más, que en el Oriente Medio, como en todo el mundo, los pequeños proponen y los supergrandes disponen. El Presidente Nixon descansa en una habitación del hotel Blackstone Sheraton. A millares de kilómetros de allí, en esa capital jordana situada en el mismo corazón del mundo árabe, el Rey Hussein acaba de iniciar la prueba de fuerza contra los palestinos. En el mismo momento en que el jefe del Ejecutivo americano se echa a dormir, los carros del Ejército real jordano que rodean la periferia de

Amman, penetran en la ciudad y entablan la batalla.

La alerta suena inmediatamente en Washington. La sorpresa es total, por lo menos en lo que se refiere a la fecha de la operación, ya que el consejero especial del Presidente, Henry Kissinger, que se encuentra en la Casa Blanca, se ve obligado a telefonar a Chicago y despertar a Nixon para comunicarle la noticia.

Que los Estados Unidos —por lo menos los más altos responsables norteamericanos— no han sido informados de la grave decisión del soberano jordano, lo confirma la manera de reaccionar de Nixon. El Presidente de Estados Unidos convoca inmediatamente un

gabinete de crisis, que se reúne en Washington, y se mantiene en comunicación telefónica con Chicago. Esta «task-force», compuesta de prisa y corriendo, la componen, entre otros, Henry Kissinger, Joseph Sisco, encargado de Asuntos del Próximo Oriente en el Departamento de Estado; David Packard, viceministro de Defensa; Richard Elms, director de la CIA, y el almirante Thomas H. Moorer, jefe supremo del Estado Mayor de todas las armas. Hora tras hora, Nixon, que no puede conciliar ya el sueño, es informado del desarrollo de la guerra civil jordana y de los debates que tienen lugar en Washington.

El primer análisis del Presidente norteamericano y de sus colaboradores se centra en las reacciones eventuales de Moscú a la iniciativa del Rey Hussein y en la situación político-militar que prevalece en el Oriente Medio. Hasta el inicio de la ofensiva de los blindados jordanos, los responsables americanos se preocupaban, sobre todo, de los misiles soviéticos instalados en la orilla occidental del canal de Suez, tras el alto el fuego egipcio-israelí.

Todo esto era tanto más inquietante cuanto que, a pesar de los



mentis oficiales, los Estados Unidos consideraban que había habido una violación deliberada de la tregua y que la iniciativa no procedía de los «pequeños» —los egipcios—, sino de los propios soviéticos. Se trataba de saber si, como afirmaban los israelíes, las buenas intenciones que parecía mostrar el Kremlin, no eran más que un «bluff» destinado a permitir a la RAU la preparación de un nuevo «round» en torno al canal de Suez.

Este asunto no preocupa solamente a la Casa Blanca. Inquieta, igualmente, al Elíseo. Maurice Schumann, que participa en Nueva York en la asamblea general de las Naciones Unidas, realiza discretamente una investigación al respecto. Quisiera saber si la crisis de los cohetes ha quebrantado la confianza que reinaba entre soviéticos y americanos en los primeros días del mes de agosto y si las tentativas de solución negociada del conflicto se pueden ver de nuevo comprometidas por un malentendido entre los «supergrandes». La entrevista entre el ministro francés de Asuntos Exteriores y el secretario de Estado, William Rogers, resulta tranquilizadora. Los dirigentes americanos es-

tán divididos en cuanto a las verdaderas intenciones de los soviéticos se muestran desconfiados, aunque la mayoría cree que el Kremlin desea sinceramente imponer la paz cuanto antes en el Oriente Medio. Incluso parecen optimistas, ya que preparan una refundición del plan Rogers y rechazan la propuesta francesa de salvar las tentativas de paz mediante una concertación cuatripartita. Los americanos replican a sus interlocutores franceses que la reunión de los cuatro grandes servirá, en un futuro, para dar ideas a los negociadores, tras la próxima apertura de las negociaciones.

Al mismo tiempo, Maurice Schuman quiere saber si el viaje de Nixon al Mediterráneo no corre el peligro de indisponer a los soviéticos. La respuesta la da privadamente el representante de la Unión Soviética en las Naciones Unidas, Jacob Malik. El diplomático soviético declara en esencia: «La iniciativa de Nixon no nos fastidia, si su objetivo, al reafirmar la presencia norteamericana en la región, es tranquilizar a los israelíes y hacer que se sienten lo más rápidamente posible a la mesa de negociaciones».

regateo entre Nixon y Kossiguin

A esa confesión hay que añadir las explicaciones confidenciales de los soviéticos sobre el asunto de los cohetes. Según un oficial superior del Ejército rojo, no se trata de un cambio de estrategia, sino de una revisión táctica. Los expertos militares del Kremlin decidieron, a primeros de año, instalar, en el canal de Suez, una red eficaz de defensa anti-aérea para impedir que la aviación israelí aplastase de nuevo al ejército egipcio, evitando, de ese modo, la caída de Nasser. Pero la instalación de esa red defensiva —los soviéticos insisten en esta última palabra— fue retrasada por los bombardeos israelíes. Tenía que haberse acabado a principios del verano, es decir, antes de la aceptación del alto el fuego por el Estado hebreo.

Pero no fue así. Después de la tregua, se trabajó el doble que antes para terminar lo más pronto posible, mientras que los expertos del Kremlin subestimaban las reacciones de israelíes y americanos. El mal estaba hecho, y los soviéticos decidieron seguir ade-

lante. Pero, según ellos, la solución negociada del conflicto era la ideal.

Los soviéticos creían —error de apreciación— que la instalación de los misiles precipitaría las negociaciones, al obligar millitariamente a los israelíes a la paz.

Así que en el instante en que da comienzo el primer episodio de la crisis jordana, el Presidente Nixon tiene una certeza: los soviéticos, pase lo que pase, se mostrarán arrogantes. El Presidente de Estados Unidos tiene también un importante triunfo en la mano, el asunto de los cohetes que puede dar lugar a un regateo americano-soviético («Dejadnos las manos libres en Jordania y os dejaremos en paz con los misiles»). La Casa Blanca opina, igualmente, que los soviéticos no ven con mal ojo el que Hussein aplaste a los movimientos palestinos, que para ellos son «prochinos», como todas las organizaciones que están fuera de su control.

Hussein se explica por fin

Es decir, que soviéticos y americanos habrían dado el visto bueno

El pueblo palestino —dos millones aproximadamente—, dramático protagonista y víctima del juego de intereses en el Oriente Medio.



El portaaviones Franklin D. Roosevelt recibe orden de aproximarse al teatro de operaciones. Artillería ligera en las calles de Amman. «Vencido por las armas, Yasser Arafat es un jefe de Estado en potencia...».



la guerra de los ocho días

al soberano jordano si éste les hubiese pedido permiso antes de actuar contra los guerrilleros. Pero el momento elegido por Hussein pone en un aprieto a los americanos. Porque la prueba de fuerza en Jordania ocurre en el momento en que Golda Meir llega a Washington. La Casa Blanca hubiese preferido que el Rey hubiese actuado antes. O después.

¿Por qué tanta precipitación por parte del soberano hachemita? La respuesta la tenemos gracias, en parte, a un joven embajador francés, Jean-Marie Merillon, que representa al Gobierno francés en la capital jordana. Se trata del único diplomático occidental que tiene al mismo tiempo contactos regulares con los fedayin y con el Rey Hussein. Tan pronto como se entablan los primeros combates, el soberano jordano envía un coche blindado a la Embajada de Francia. El oficial que ocupa el coche está encargado de llevar al joven diplomático al palacio, donde el Rey le explica las razones de su decisión: «Si no hubiese dirigido personalmente las operaciones —le confiesa— los militares lo hubiesen hecho sin mí y contra mí».

Las noticias llegan a Washington. Los expertos del Pentágono las encuentran convincentes y piensan que el «pequeño Rey» necesitará sólo veinticuatro horas para liquidar la resistencia palestina, siempre y cuando no se produzca ninguna intervención extranjera contra Jordania e Israel no se mezcle en el asunto. Primer objetivo de los americanos: tratar de conseguir la pasividad de Jerusalén.

La Casa Blanca intenta disuadir, acto seguido, a Siria y a Irak de que se inmiscuyan en la crisis jordana. Comienzan por una serie de «indiscreciones» a cargo del secretario de Estado, William Rogers; del ministro de Defensa, Mervin Laird, y del propio Presidente Nixon. Y para que las amenazas sean todavía más eficaces, Washington ordena a la Sexta Flota aproximarse al teatro de operaciones, mientras se colocan en estado de alerta varias divisiones aerotransportadas. Los preparativos militares van acompañados de medidas diplomáticas: Washington pide a Moscú que convenza a Irak y a Siria de lo peligroso que sería una intervención armada por parte de alguno de estos países.

Pero la situación degenera. Los militares del mundo entero han subestimado a los palestinos. Los fedayin resisten. Durante esa semana, las luces permanecen encendidas toda la noche en el Departamento de Estado y en la Casa Blanca. Un alto funcionario confiesa privadamente: «Tenemos que servimos del "bluff" ¿Quién sabe si, arrastrados por la dinámica de esta movilización nos veremos obligados a intervenir? No lo deseamos. Sabe-



Vista de Amman, tras la victoria de Hussein.
Bajo la humareda, miles de muertos, hogares incendiados
y un porvenir más incierto que nunca.

mos que la llegada de nuestras tropas terminaría con la poca influencia que nos queda en el mundo árabe».

como un niño de siete años

Entonces comienza la segunda fase de la crisis, la más dramática. Todo empieza por una llamada angustiada del Rey Hussein a los Cuatro Grandes y un nuevo exceso de celo por parte de sus oficiales. El soberano hachemita pide ayuda. «Sacadme de este lío», pide en sustancia a Washington, Moscú, Londres y París. Pero en ese mismo instante, en el Norte del país, una unidad blindada jordana penetra en la región de Ramtha y atraviesa la frontera con Siria. Esta

iniciativa desafortunada, que parece una provocación, precipita la intervención de las tropas de Damasco. Los carros sirios se dirigen a Irbid. La noche del 20 al 21, el Rey Hussein pide a los Estados Unidos que intervengan militarmente.

Exactamente a media noche, William Rogers y Mervin Laird acuden precipitadamente a la Casa Blanca para asistir, en la «sala oval», a una reunión urgente. Los «halcones» evocan la teoría del dominó: «Si abandonamos a Hussein, ¿qué régimen amigo confiará en nosotros?», se preguntan. Las «palomas» replican: «Hussein no puede reinar a la sombra de nuestras bayonetas. Nuestra intervención significaría el saqueo de nuestras Embajadas en el mundo árabe, la liquidación de nuestros intere-

ses petrolíferos, la caída, a breve plazo, de los regímenes árabes moderados; el plan Rogers hecho añicos, la paz por separado inimaginable para Nasser».

Richard Nixon, que, según sus allegados, actúa como un ordenador, asimila todas las informaciones y decide no atender la petición de Hussein. Confiesa, privadamente, al senador Gordon Allott (Colorado): «El pueblo americano no está preparado para una nueva guerra». Los Estados Unidos sueñan con una intervención del Estado hebreo. Se establecen contactos. Pero el ministro israelí de Defensa, general Moshe Dayan, se niega a lanzar sus tropas contra los sirios.

La Casa Blanca se decide a actuar en el plano diplomático, aunque dejando que el Pentágono continúe sus simulacros de combate para impresionar a los sirios y convencer a los soviéticos de que hay que ser prudentes.

En un principio se piensa en convocar el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Pero parece que una reunión del Consejo no serviría más que para envenenar las cosas, que un debate en la ONU comprometería a la diplomacia secreta y que cualquier resolución que exigiese la retirada de las tropas extranjeras de Jordania se aplicaría igualmente a las tropas israelíes que ocupan Cisjordania desde junio de 1967. Además, los soviéticos se oponen a una acción concertada de los cuatro grandes que podría comprometer su posición en el mundo árabe, como los franceses, por las mismas razones, prefieren que Nixon no haga escala en París durante su periplo mediterráneo.

Y es entonces cuando se pone en movimiento la diplomacia soviética, que consigue rápidamente la retirada de las tropas sirias de Jordania, haciendo prueba de moderación y demostrando su influencia determinante en esta región del mundo. Un alto funcionario soviético declara: «Estos sirios son como mi hijo de nueve años». Y se explica: «Tienen reacciones de niño».

Ha pasado la fase crítica, se han evitado las complicaciones internacionales, pero, ¿en qué compromiso va a desembocar ahora la crisis jordana? «Triunfador» militarmente, Hussein es un Rey que ha conseguido, una vez más, salvar el poilejo y el trono. Vencido por las armas, Yasser Arafat es un jefe de Estado en potencia. Pero para imponerse, el líder palestino debería vencer la feroz resistencia de los beduinos de Transjordania, como han podido comprobar los discretos encuestadores franceses encargados, durante estos últimos días, de determinar si es posible sustituir el Reino hachemita por una República palestina. ■ J. P. JOULIN. (Encuesta de Luis Witznitzer.)